

y Dios mismo es el que nos ha hecho idóneos para ser sus ministros. (1)

Al pensar en el Espíritu Divino, y al vernos en seguida tan llenos de miseria, la piedad nos viene á consolar: Él es, nos dice el Padre de los pobres; y al oír tan dulce y amoroso nombre volamos hacia Él, y delante de sus ojos ponemos la pobreza de nuestra alma. Él es rico para todos los que le invocan, y nos dará el socorro en cuanto hemos menester: su bondad de Padre lo inclina á darnos el auxilio; la ternura de hijos nos inspira amarlos; lo amamos con todo el corazón; Él es nuestro querido y dulce Padre; lo amamos, y al decirlo, sentimos derretido el corazón: la piedad nos conmueve y arranca de los ojos lágrimas de amor. Esta es la ofrenda que hoy y siempre traeremos al altar de tan tierno y bondadoso Padre, á quien sea la gloria y el honor eterno en los cielos y la tierra.

CAPÍTULO XXI.

§ I.

CONCLUYE EL ANTERIOR.

Dios es luz y en él no hay tinieblas ningunas. Y también: El Señor es el Dios de las ciencias. (2) Tratemos, pues, de la ciencia, que es don del Espíritu Santo, don que nos mueve para formar un juicio recto de lo perteneciente á la fe, haciéndonos distinguir lo verdadero de lo falso, el bien del mal. (3)

La ciencia que se nos comunica por el don de que tratamos, es aquella por la cual, dice San Agustín, la fe verdadera se engendra, se nutre, se defiende y se fortalece. (4) Y siguiendo su divina inspiración, juz-

[1] II. Cor. III. 5, 6. [2] I. Joann. I. 5.—I. Reg. II. 3. [3] Viguier. c. 13. [4] De Trinit. L. 14 c. 15.

gamos según las reglas de la ley eterna lo que tenemos que obrar. Se dirige principalmente al conocimiento de la verdad; pero también se extiende á la práctica. Ciencia de que hallamos escrito lo siguiente: Condujo el Señor por caminos seguros al justo, y le mostró el reino de Dios, y le dió la ciencia de los santos. (1) Tal ciencia es un hábito infuso, nos dice el Seráfico Doctor, por el que formamos juicio cierto acerca de la fe y de las obras; es una luz que desciende de lo alto y se nos comunica por Aquel Divino Espíritu que todo lo escudriña y penetra, y enseña toda verdad. (2)

El don de la ciencia derrama su luz sobre las ciencias adquiridas por medio del estudio; así cuando nosotros aprendemos en los sabios de la antigüedad las enseñanzas que nos transmitieron, el don de la ciencia nos descubre, que Dios las reveló por nosotros, á quienes estaba reservada la plena manifestación de la verdad. [3]

Ilumina también el don de la ciencia, nuestras almas, para entender la divina Escritura; y se extiende por último, á las ciencias morales. [4]

Tan precioso don es necesario á nuestras almas, cuyo manjar verdadero es la ciencia; así como el hambre que sin ella padecen, y la esterilidad, son los vicios. (5) Y en efecto, ¿quién no siente que su alma se enflaquece y debilita, cuando no se alimenta con el manjar de la verdad? Mas el don de ciencia se la manifiesta, y luego la deja tanto más gustosa y satisfecha, cuanto más hermosos y profundos son los conocimientos con que la enriquece. Oigamos siquiera un instante el len-

[1] Sap. X. 10. (2) Hic. (3) Hugo. In prol. Hierarch. (4) D. Bonav. hic. c. 2. (5) D. August. De Vita. beata.

guaje de este don precioso. Tenemos á la vista el universo; ¿qué nos dice su magnífica grandeza? Que Dios es omnipotente, sabio, é infinitamente bueno; que todas las criaturas que brillan en el mundo, han salido de la nada, por la voluntad del Sér Eterno; que tienen un destino en los grandes designios del Señor; y que caminan á cumplirlo por la voluntad de Aquél Dios, á quien todas ellas tienen que subordinarse. La ciencia divina nos hace escuchar el canto armonioso que todos los seres entonan á su Eterno y Divino Criador, y nos dice también, la estrofa que tenemos nosotros que cantar.

Ese don de los cielos nos lleva en sus alas más allá de este mundo visible, más allá de la inmensa creacion; nos habla de Dios; nos revela profundas verdades acerca del mismo Señor; y á su luz descubrimos su eterna grandeza, su amable bondad; y demuestra que Dios es el grande, que debemos rendirle humilde servicio, ferviente cariño, entera obediencia. La luz de los cielos descubre también, la miseria del mundo; el vacío de todos los placeres de la tierra; y hace que apreciemos los bienes verdaderos. ¿Qué es el hombre, dice preguntando, sino una triste vanidad? Temé á Dios, dícenos también, y guarda sus mandamientos: porque este es todo el sér del hombre. (1)

El don de fortaleza. Es un hábito infundido por el Espíritu Santo que nos da valor para emprender y llevar adelante grandes cosas, por la causa del Señor, sin temer los peligros, y arrostrando las mayores dificultades que se nos presenten. (2) ¿Quereis saber lo que o-

(1) Ecles. XII. 13: (2) D. Bonav. hic.

bra este precioso y excelente don en nuestras almas? Recordad que los apóstoles despues de azotados por la predicacion del Evangelio, se retiraron de la presencia del concilio muy gozosos, porque habian sido hallados dignos de sufrir aquel ultraje por el nombre de Jesus; y sin embargo de habérseles prohibido predicar aquél sagrado nombre, ellos no cesaban todos los dias en el templo y por las casas, de anunciar y predicar á Jesucristo; y Pedro lleno del Espíritu de fortaleza habia contestado al Sumo Sacerdote: es necesario obedecer á Dios ántes que á los hombres. El Dios de nuestros padres ha resucitado á Jesus, á quien vosotros habeis hecho morir pendiente en un madero. Y Dios lo enzalzó con su diestra por príncipe y Salvador, para dar á Israel el arrepentimiento y la remision de los pecados: nosotros somos testigos de estas verdades, y lo es también el Espíritu Santo, que Dios ha dado á todos los que le obedecen. [1] ¡Qué lenguaje! ¿No es éste, el mismo apóstol á quien en otro tiempo, hizo temblar la voz de una mujer? No, que ahora es el hombre de Dios, el hombre del Espíritu Santo, el apóstol que puede decir lo que despues dirá su hermano Pablo: ¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo? ¿será la tribulacion, la angustia, el hambre, la desnudez, el riesgo, la persecucion ó la espada? Segun está escrito: por Ti, oh Señor, somos entregados cada dia en manos de la muerte: tratados como ovejas destinadas al matadero. Mas en medio de todo esto triunfamos por la virtud de Aquél que nos amó. Por lo cual estoy seguro que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados ni virtudes, ni lo presente, ni lo venidero, ni la fuerza, ni lo más alto, ni lo más profundo, ni otra ninguna criatura,

(1) Act. V. 29. et. seq.

podrá jamás separarnos del amor de Dios que se funda en Jesucristo Nuestro Señor. (1)

Contemplemos todavía un instante, las maravillas de este don precioso. Entrad en las cárceles, y las hallaréis llenas de hombres y mujeres, de niños y ancianos, de nobles y plebeyos, de pobres y ricos: todos tienen un mismo delito á los ojos del mundo, y esperan también la misma suerte. Mas ¿no atendeis, cómo en vez de estar llorando, cantan alegres las alabanzas de Dios, y aguardan con santa impaciencia el último suplicio? que digan sólo una palabra, ó quemén un puñado de incienso en el altar de los ídolos, y alcanzarán la libertad; mas nunca quemarán el incienso, ni aquella palabra saldrá de sus labios: son presos voluntarios, y ellos mismos se entregan á la muerte: los estiran en los potros, y alaban el nombre del Señor; los destrozan con ruedas de navajas y no exhalan una queja; con clavos encendidos los fijan en la cruz; y ellos dan gracias al cielo porque comienzan á estar firmes en el amor de Jesucristo. Otros, en fin, son entregados á las llamas, y “suben la hoguera cantando su credo,” y mueren gozosos bendiciendo á Dios.

El Espíritu Santo al comunicarnos el precioso don de fortaleza, ilumina nuestras almas, abrasándolas en el sagrado fuego de su amor; disipa sus tinieblas, y reprime la violencia de las pasiones; nos engalana con el brillante ropaje de todas las virtudes; y abre el corazón para que entren hasta su fondo los espléndidos y hermosos rayos del puro sol de la verdad divina. El alma entónces escucha estas voces: Elevaos, oh puer-

(1) Rom. VIII. 35.—39.

tas de la eternidad; y entrará el Rey de la gloria, fuerte y poderoso en las batallas; y que ilumina á todo hombre que viene á este mundo.

Mas ¿cuáles son, pregunta el Serafin de los doctores, esas puertas del alma por las que entra la divina claridad, y cómo las abre el don de fortaleza? La memoria, la inteligencia y la voluntad, son esas puertas en las que brilla la imágen de Dios; eternas pues son capaces del mismo Dios. El Espíritu Santo las abre por el don de fortaleza, cuando las vuelve hácia el cielo, quedando por lo mismo levantadas de la tierra. Abrimos nuestra memoria al Divino Padre por el don de la fortaleza, cuando haciéndonos violencia, procuramos separarnos del mundo, y pensando en los divinos beneficios, nos gozamos en El, y le damos gracias porque nos dió á su Hijo, y mandó sobre nosotros el Espíritu Divino, y nos ha colmado de tantos beneficios cuyo número no llegamos jamás á conocer sobre la tierra, ni podemos estimar debidamente.

El don de fortaleza abre al Verbo del Señor, nuestro entendimiento al arrancarlo del cuidado y solicitud de los bienes temporales, haciéndolo escuchar en profundo silencio, la palabra de Dios, y la observancia que debe á sus preceptos. La sabiduría, que es el Hijo de Dios, no deja de hablar á nuestras almas con oculta y divina inspiracion para que nos convirtamos y salvemos. Al retirarnos de tan bella luz, vamos declinando á la sombra de la muerte; y en tanto grado nos envuelven las tinieblas, que no sólo no vemos al que es sumo bien; mas reputamos cómo malo lo que

en sí es muy bueno. (1)

Finalmente la fortaleza abre nuestra voluntad al Espíritu Santo, al eterno amante, porque ese don es el amor que sufre con facilidad y dulzura toda adversidad por la causa de Dios. Este amor, fuerte y generoso, nos pone bajo el imperio del Espíritu Divino, haciéndonos vencer todos los afectos de la carne y de la sangre y despreciando las delicias de la vida, y aún á nosotros mismos. (2)

La fortaleza está llena de confianza, de magnificencia, de paciencia y de perseverancia. Asegúranos hasta donde es posible tener seguridad en este mundo, del dichoso fin de nuestra vida: Bendito sea el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, decía San Pedro, que por su gran misericordia nos ha regenerado con una viva esperanza de vida eterna, mediante la resurrección de Jesucristo, de entre los muertos, para alcanzar un día, la herencia incorruptible, y que no puede contaminarse, y que es inmarcescible, reservada en los cielos para vosotros á quienes la virtud de Dios conserva. (3)

La magnificencia que nos da el don de fortaleza, consuela y enriquece y exalta nuestras almas. Rebosará de gozo nuestra boca, decía David, y de júbilo rebosará la lengua. Se dirá entre las naciones: Grandiosas cosas ha hecho por ellos el Señor. Sí, cosas grandes ha obrado el Señor á favor nuestro. (4)

Brilla la magnificencia del Señor sobre nosotros, dice San Gregorio, en habernos dotado de razón, en visitarnos con su gracia, grabando en nuestras almas su

(1) D. August. L. 2. De Libero Arb. (2) D. Bonav. hic. c. 2.
(3) I. I. 3,—5. (4) Ps. CXXV. 2, 3.

divina imágen. (1)

La paciencia que nos da el hermoso don de fortaleza, y la perseverancia, nos detienen en el servicio del Señor mientras vivimos; y al morir nos abre las puertas del cielo: sin ella ni el que combate obtiene la victoria, ni alcanza el vencedor, la palma.

Y aún durante el combate nos da la fortaleza el aire de triunfo de que hablamos. El Señor es mi sosten, decía David, nada temo de cuanto puede hacerme el hembra. El Señor está de mi parte; yo despreciaré á mis enemigos..... Me cercaron todas las naciones; mas yo en el nombre del Señor tomé venganza de ellas..... me rodearon á manera de un enjambre de irritadas abejas, y ardieron en ira como el fuego que prende en las espinas; pero triunfé de todos ellos en el nombre del Señor..... El Señor, es mi fortaleza y mi gloria; Él se ha constituido en mi salvación. (2)

¿Quereis oír otro canto de victoria? Es el siguiente: El Señor es mi luz y salvación, me alumbra en medio de las tinieblas, y me saca libre de todos los peligros: ¿á quién podré temer? Él vela en defensa de mi vida; ¿qué cosa habrá que pueda intimidar mi corazón?..... Vengan contra mí, ejércitos enteros; que nada temeré. En medio del combate sostendré mi esperanza. (3)

El consejo. Este es el don por medio del cual el Espíritu Santo nos dirige en todos los caminos de la vida eterna. (4)

Aunque materialmente el don de consejo tiene el mismo objeto que el de ciencia, sin embargo, se distinguen por sus actos; pues el último nos da el cono-

(1) Moral, c. 8. (2) Ps. CXVII. 6, et. seq. (3) Id. XXVI. 1, et. seq. (4) D. Antonin, p. 4. tit. 12, c. 1.

cimiento cierto de la verdad segun las reglas de la ley eterna; mas el de consejo es la luz, que derramada en los caminos que conducen al Señor, nos descubre con mayor perfeccion, las sendas estrechas de la santidad, y aleja al mismo tiempo, de nuestra conducta, la precipitacion en el obrar; y nos mueve á seguir esas sendas muy altas, y que nos ha mostrado; y nos va diciendo á cada paso: El varon prudente cuida de reflexionar bien lo que ha de hacer..... Tú, hijo mio, no hagas cosa alguna sin consejo, y no tendrás que arrepentirte despues de hecha. No vayas por camino malo, y no tropezarás en las piedras, ni te arriesgues á ir por senda escabrosa, para que no expongas á caidas tu alma..... En tus acciones sigue el dictámen de tu conciencia, pues en eso consiste la observancia de los mandamientos. Quien es fiel á Dios, atiende á sus preceptos, y el que confia en Él no padecerá el menor menoscabo. (1)

Lo dicho manifiesta la necesidad que tenemos del don de consejo. Sin él, ¿qué será nuestra vida sino precipitada y ciega marcha que nos lleva en pos de la fortuna, del honor y las grandezas del mundo? Tales objetos hablan muy alto al corazon del hombre que se siente inclinado á seguir lo que le dicen: la senda que se le descubre está sembrada de flores, y numerosos compañeros de camino, alegres y festivos, nos dan la mano, y nos animan á seguir su ejemplo. Y sin embargo, aquellas sendas conducen á la muerte, á la que nos vamos acercando sin sentirlo. Y ¿cuál sería nues-

(1) Ecci. XXXII. 22, et. seq.

tra desgracia, si en tales circunstancias, el alma no escuchase los consejos del Espíritu Divino que le dicen: Hijo mio, por más que te halaguen los pecadores no condesciendas con ellos? Si te dijeren: Ven con nosotros, estemos en asecho para matar al prójimo; armemos ocultos lazos al inocente; traguémosle vivo, como traga el sepulcro los cadáveres, y todo entero, como si cayese en una sima..... Une tu suerte con la nuestra..... No sigas, oh hijo mio, sus pasos; guárdate de andar por sus sendas; porque sus piés corren á la maldad, y van apresurados á derramar la sangre inocente. (1)

Los consejos de Dios son perfectísimos, y por esto nos llevan al cielo por muy altos y estrechos senderos; pues angosta es la puerta, y muy estrecha la senda que conduce á la vida eterna, y muy pocos son los que dan con ella. (2) Y sin embargo, tales consejos cual ardientes y vivos estímulos, nos van llevando por esas sendas estrechas, para encontrar, más pronta y fácilmente, el objeto que buscamos, la perfeccion en la vida, la gloria en la eternidad.

Hallábase la esposa en su lecho; mas no estaba allí su esposo; ni podia encontrarlo rodeada de tinieblas como estaba, ni en aquel descanso que indican sus palabras. Mas oid lo que dice: Me levantaré y rondaré la ciudad, y buscaré á mi amado. Y ved cómo sale de su casa y pregunta por su esposo, y lo busca por las calles y las plazas, y exclama entristecida: ¡Ay! lo busqué; mas no lo hallé. ¿Por ventura, debe volverse á su casa para llorar la ausencia de su amado? No,

(1) Prov. I. 10. et. seq. (2) Matth. VII. 14.

que el Espíritu Santo le dice: Ha venido la mañana y la noche vendrá: si buscáis buscad de véras. (1) La esposa, pues, sigue buscando á su amado; encuentra las patrullas que rondan por la ciudad, y les pregunta: ¿no habeis visto á mi amado? y contiúa diciendo: Á pocos pasos encontré al que adorá mi alma: lo tengo asido, y no lo soltaré hasta haberlo hecho entrar en la casa de mi madre, en la habitacion de la que me dió la vida. (2)

Ved aquí cómo los consejos del Señor, nos llevan hasta encontrarlo, y unirnos tan estrechamente con su Majestad, que podamos decir: Lo tengo asido, y no lo dejaré.

¿Quién no se ha visto, al marchar por el camino del Señor, mil veces rodeado de sombras? Y ¿quién no tendría que exclamar en tales circunstancias como un humilde rey de Judá: Ignoramos lo que debemos hacer, y no nos queda otro recurso que volver á Ti nuestras miradas? [3]

Y ¿bastará que otras veces la luz del cielo nos haya iluminado? Moises la recibia frecuentemente, y con todo, entraba al tabernáculo sagrado á consultar la voluntad de Dios. [4] ¿Por qué pues, nosotros, miserables, y que andamos envueltos en tinieblas, no habríamos de orar á nuestro Dios, y pedirle sus consejos; que nos abra los tesoros de su ciencia, y nos dé una fuente de agua viva, como decia Moises, que salte hasta la vida eterna?

El don de consejo embellece nuestras almas, les da seguridad, las colma de alegría y de dulce é incompa-

(1) Isa. XXI, 12. (2) Cant. III, 2, 4. [3] II, Paral. XX, 12. (4) Num. XX, 6.

nable paz: oigamos las palabras conque los sagrados libros elogian los consejos del Señor. Estos son como una brillante corona para la cabeza, y cual valioso collar para el cuello. El buen consejo es nuestro salvaguardia, y la prudencia nos conserva, librándonos de todo mal camino, y de los hombres de lengua perversa. Donde abunda el consejo del Señor, allí hay prosperidad. El hombre sensato todo lo hace consejo; mas el que no lo es descubre su necedad. Escucha, hijo mio, el consejo y recibe la correccion, para que seas sabio en tu edad postrera. Contra el Señor, no hay sabiduría, no hay prudencia, no hay consejo. (1) Los pensamientos del Señor son más vastos que el mar, y sus consejos más profundos que el grande abismo. Preceda á todas tus obras la palabra de la verdad y un consejo firme á todas tus acciones. Si el Señor lo quisiere, te llenará del espíritu de inteligencia, y derramará sobre ti como una lluvia, las máximas de su sabiduría, y por esto debes dar gracias al Señor poniendo en práctica sus consejos y meditando sus ocultos juicios. (2) Los consejos del Señor nos dice finalmente, el Rey David, permanecen para siempre: las disposiciones de su voluntad subsisten por toda la serie de las generaciones. (3)

Feliz, por lo mismo, el hombre que escucha el consejo del Señor, y que continuamente está velando á las puertas de su casa, y se haya esperando en sus umbrales, para saber su voluntad y ponerla luégo por obra. [4]

El don de entendimiento. El hombre está destina-

(1) Prov. I, 9. — II, 11, 12 — XI, 14. XIII, 16. — XIX, 20. — XXI, 30. (2) Eccí. XXIV, 39. — XXVII, 17, 20. — BBBIB, 8, 10. (3) Ps. XXXII, 11. (4) Prov. VIII, 34.